

sólo espero tu consentimiento..... ¿Qué te parece?

—Dime quién es, volví á contestar.

—¡No lo he dicho! ¡Ay, hijo; si me cuesta mucho trabajo! Ofreceme que no te enfundarás.

—Te lo ofrezco.

—¿Deveras?

—Deveras. De todos modos, tendrás mi consentimiento, dije con despecho; puedes estar segura de que no me opondré. Enojarme, tampoco. Quiero que seas feliz, y si quieres casarte, te casarás.

Apoyó la joven su frente sobre mi cabeza enardecida, rodeó con sus brazos mi cuello, y dijo muy bajito:

—Pues es..... es..... Don Mateo.

De un salto me puse en pié, echando hacia atrás á Felicia, que estuvo á punto de perder el equilibrio, y la miré de hito en hito, entre aterrado y colérico, sin poder articular una palabra; mientras ella, tímida y asustada al ver mi semblante descompuesto y contraído, retrocedía, como buscando la pared para apoyarse.

—¡Cómol..... exclamé al fin. ¡Esel..... ¡Tu también!.....

La vacilación, el miedo de Felicia, duraron un breve instante. Acercóse á mí resueltamente, y yo la rechacé; pero insistió ella, y me apretó en sus brazos.

—¿Ves cómo te enojas? me dijo llorando.

—¿Pero es verdad lo que dices? pregunté.

—Me ofreciste no enfundarte. Hasta me ibas á echar al suelo; y todo porque no te oculto lo que pienso, y te digo cuanto me pasa. No seas malo conmigo; no me trates así..... Dime que no y ya está. Yo no haré nada contra tu gusto; te debo mucho, y te quiero mucho más. ¿Que me importa todo, si tú te enojas conmigo?

Estas y otras palabras cariñosas de Felicia, dichas entre sollozos, mientras lloraba con la cabeza apoyada en mi pecho, me conmovieron profundamente y lograron calmar los terribles sentimientos que luchaban en mi corazón. Pero aquello no podía durar, ó yo había de volverme loco.

Desprendí los brazos de la joven que seguían estrechando mi cuerpo; hice un es-

fuerzo difícil para dominarme, y logré decirle, volviendo á otro lado el rostro:

—Vendré mañana y hablaremos. Hoy es imposible para mí.

Y salí del cuarto, y después de la casa; eché á andar, y al pasar frente á Santa Inés, me detuve, como esperando volver á encontrar en el mismo sitio á Cabezudo, y tropezar con su hombro hasta rompersele.

XI

Libertad.

Al día siguiente, cuando pude con calma recordar la escena de la noche anterior, me pareció espantosa pesadilla, como ella horrible; pero, también como ella, inverosímil y absurda. ¡Cómo había de pensar formalmente Felicia casarse con Don Mateo! No, no podía ser.

Pero ella me lo había dicho de veras; estaba conmovida, lloraba. Era imposible que aquello fuera una broma; pues como demasiado pesada para mí, no podía haber sido inventada por Felicia para disgustarme. Cier-to era, pues, que la joven quería casarse; que me abandonaba, quizá por un simple capricho de niña antojadiza.

Debía de estar resuelta, cuando se atrevía á pedir mi consentimiento, sabiendo, como sabía, el odio que Don Mateo me inspiraba y todo el mal que me había hecho. Por lo mismo, yo no me opondría. No; ni una objeción haría yo; y se casaría, y alejado de ella no volvería nunca á verla.

Mas después de pensar así durante una hora, presentábase Cabezudo en mi imaginación, y al verle, otra vez me parecía un sueño absurdo lo ocurrido la noche anterior, y no podía yo creer imposible que una muchacha como Felicia aceptara por marido á aquel hombre burdo, grosero y repugnante.

Volví en la noche á casa de Felicia, alimentando una vaga esperanza, y temeroso de verla desvanecida. Con más calma, hasta con dulzura hablé con ella; y la joven, sin poder evitar algunas veces que se le saltaran las lágrimas, repitió cuanto la noche anterior me había dicho.

Fingiendo tranquilidad, pero llena el alma de desesperación, me retiré de allí, y con el más vivo dolor, sentí que Felicia me iba pa-

reciendo una mujer cualquiera. O tenía un juicio impropio y hasta repugnante por su precocidad, ó era quizá arrastrada por la ambición de riquezas, de lujo, de comodidades que yo no podía ofrecerle.

Al despedirme, le anuncié que volvería al día siguiente para hablar con Doña Luisa. Y en efecto, volví, esperando quizá que la buena señora me diría que todo era una comedia de la joven: comedia pesada, que estaba que estaba yo dispuesto á celebrar y aplaudir, con tal que fuese comedia nada más. Pero no; Doña Luisa me contó con pormenores la historia.

Don Mateo no había dejado de visitarlas desde que llegó á la Capital, aunque con poca frecuencia; y por lo mismo llamó la atención de la Señora que desde unos quince días atrás, el General las visitara diariamente. Notó desde luego que Cabezudo procuraba siempre estar cerca de Felicia; que la distinguía especialmente; que se pintaba los bigotes, y que trataba de demostrar finura, con cortesías toscas y pesadas. Felicia no hacía caso de todo esto, y la señora no cre-

yó necesario decirme. Pero repentinamente vió que las atenciones de Don Mateo encontraban correspondencia por parte de la jóven; advirtió que ella esperaba con impaciencia el General, cuando al sonar las seis de la tarde no había llegado; notó mil cosas más que la alarmaron, y al fin preguntó á Felicia qué estaba sucediendo. «Me ha dicho que quiere casarse conmigo,» le había contestado ella. Y entonces Doña Luisa le exigió que me lo contara.

La viuda de Llamas, que encontraba tan absurda como yo aquella determinación, había hablado largamente con Felicia; y esta le había dicho y repetido con juicio y circunspección que tenía muy graves razones para aceptar á Cabezudo; que le quería; que era un hombre excelente, y que la aversión que yo le tenía se fundaba en su oposición á mi matrimonio con Remedios; mas no en que Don Mateo fuese un hombre malo.

Doña Luisa concluyó diciéndome que en la mañana de aquel mismo día, Felicia, anunciándole mi visita, le rogó que me con-

venciera de que debía consentir en su matrimonio.

Cuando hube oído todo esto ¿qué duda podía quedarme? En pocas palabras, y de seguro, sin poder ocultar la pena y el disgusto que me dominaban, supliqué á la señora que entendiese en todo aquello sin consultarme en ningún caso; pues la autorice ampliamente para arreglarlo todo. Quería yo que Don Mateo ignorara por completo mi intervención en el asunto; y quería yo, además, que el matrimonio se hiciera pronto; para lo cual doña Luisa haría por mi cuenta los gastos necesarios.

Quiso ella hacerme alguna objeción; pero me negué á oirla, insistí terminantemente en aquellas órdenes, y sin pasar al cuarto de Felicia para despedirme, salí de la casa con el firme propósito de no volver á ella nunca.

En la calle, dirigiéndome á mi habitación, mil pensamientos vinieron á mi cabeza, que ardía como un horno. El trecho era largo, y aunque andaba yo á prisa, tuve tiempo para pensar muchas y diversas cosas, pues

venían estas á mi mente en desorden, atropellándose; y yo apenas tenía tiempo para desechar esta, ver otra, aprobar aquella y desecharla en seguida.

No sé qué fenómeno se verificó en mí durante el breve espacio que gasté en llegar á la redacción; si sé, que al entrar en ella, aunque sintiendo el árgor de mis infortunios, sentía yo el corazón como ensanchado, la mente libre de preocupaciones, y aun cierto sentimiento extraño de satisfacción, de contento.

Eran las doce del día, y Claveque y Sabás conversaban en la redacción cuando yo entré.

—Señores buenos días, dije, arrojando el sombrero sobre una mesa ¿Qué tenemos de nuevo por el mundo?

—Algo interesante, contestó Claveque.

—¿Sí? Pues me alegro mucho; porque ando en busca de cosas que interesen.

Sabás abrió los ojos desmesuradamente, admirado de mis palabras y del tono con que eran dichas, mientras yo, tomando una silla me ponía á horcajadas sobre ella.

—Es preciso, continué, sin poder mantenerme quieto diez segundos, que busquemos constantemente noticias de sensación. Ya he dicho á Albar y Gómez que debe darnos un *reporter*, para que este periódico se levante á la mayor altura; y si no ha de darnosle, haremos nosotros ese servicio. ¿Hay algo interesante? ¿Qué es ello?

Sabás seguía sorprendido, y yo cambiando de posición en la silla á cada instante.

—De eso hablábamos Sabás y yo; contestó Claveque.

—Otro periodista en la cárcel.

—¡Otro! exclamé; indignado.

—Otro, repitió mi compañero.

—¿Pues qué está pasando en este desdichado país?

—¡Qué ha de pasar! que no se puede escribir una palabra para el público, porque cualquier Cabezudo lo mete á uno entre cuatro paredes.

—¡Cabezudo!

—Sí, señor; Ud. no lee la prensa desde hace ocho días, porque anda lleno de no sé que ideas que lo preocupan.

—Pues ya estoy libre, repuse, poniéndome de pié, y con exaltación. Estoy libre de preocupaciones y tonterías, y dispuesto á no pensar sino en los periódicos, la prensa, la cárcel, los triunfos; en todo lo que piensan los demás. Estoy libre, estoy contento, no me detiene ya nada, ni me desvía ningún obstáculo de mis popósitos. Hable V.; póngame al tanto de lo que pasa en el mundo; porque en realidad no sé nada de él desde hace algunos días.

Ambos periodistas me miraban con extrañeza, como asombrado del súbito cambio que en mí notaban.

—Pues lo ocurrido es, dijo Claveque que en estos días varios periódicos han tomado á cargo al famoso General, porque mucho se suena que será ministro.

—¡Ministro ese animal!

—Ni más ni menos. Pero ahí tiene Ud. que se levantan como de acuerdo *El Sinapismo, La Vía del Progreso, Los Cuatro Vientos* y otros, y sacan al presunto Ministro más de cuatro cosas. Está eso muy divertido. Uno prueba que es un camello; otro

inventa anédoctas de su vida, más picantes que la mostaza inglesa; aquel le diga que vuelva á cojer el arado. Y Bueso se vuelve loco, queriendo contenerlos á todos por la buena ó por la mala.

—¡Bueso! interrumpió Sabás.

—Es claro. Su amigo íntimo, su defensor constante.

—Pero es que eso no puede ser.

—¡Por qué no!

—¡Bueso! repitió Sabás como si no acabara de comprender. Si el mismo señor Bueso me ha hablado á mí, interesándose en que yo atacara al General en *El Cuarto Poder*.

—¡Cómo! exclamé yo.

—No, hombre, eso no es posible; dijo precipitadamente Braulio.

—Le juro á Ud.....

—¡Quite Ud! Esa es una de tantas equivocaciones que Ud. padece todos los días, continuó Claveque. Bien sabido es que Bueso es el defensor, el brazo derecho de Cabezudo; que para eso le tiene el General á su lado, y le da cuanto quiere.

—Pero Bueso, dije yo, es un bribón tan grande, que por tener que defenderle, puede pagar á quien le ataque.

Claveque vaciló al oír la entonación briosa con que yo hablé, y alzando los hombros con indiferencia,

—Puede ser, repuso, Bueso es un pillo; pero no lo creo.

¿Pero á mí qué me importaba que Bueso fuera ó no, quien alzaba la polvareda, contra Don Mateo?

¿Era posible que se pensara, que se pudiera pensar algún día en hacerle ministro? ¿Sí?..... Pues tanto mejor. *El Censor* tomaría parte en la zambra. Yo me encargaba de ello; pues nadie podría decir lo que yo, respecto á aquel hombre que se había dado de alta como ilustre, ni más ni menos que cuando se hizo teniente coronel. Yo no temía la persecución de que la prensa era víctima, con mengua de la civilización y de las leyes; ni me ablandaba con ruegos de cualquier embajador más ó menos espadachín. Las libertades públicas lo exigían; la verdad oscurecida lo necesitaba; la honra de la

Nación lo estaba reclamando. Y los periodistas, encargados de velar por las libertades públicas, la verdad y la honra de la patria, debíamos acudir á esas necesidades, ó romper nuestras plumas inútiles y envilecidas.

Cuando acabé mi discurso, que yo mismo creía sincera expresión de mis sentimientos, Claveque me dió un abrazo que me sofocó, gritando:

—Bien, Juan; muy bien. Siempre he creído que es Ud. el periodista mexicano de más alientos.

Sabás me contemplaba, con la boca abierta.

XII.

Los tábanos.

¡Libre, sí, libre! Lo sentía yo en mi espíritu, y repetía yo la palabra, saboreándola con singular placer; pero notando siempre que tenía un dejo amargo. Estaba yo desligado de todo respeto, de toda consideración embarazosa; y al hacer el ánimo de romper con todos mis afectos para siempre, recobré la libertad de seguir cualquier camino, por malo que fuera; de hacer daño sin miramientos á nadie; de vengarme de cuantos me hubiesen hecho el mal de darme aquella misma libertad que tanto había yo rehusado.

Sólo me quedaba un estímulo para vivir:

las glorias del periodismo; y el periódico era no solamente mi esperanza y mi consuelo, sino también mi arma.

El primer número que de *El Censor* salió á luz, después de mi emancipación, publicó el primer artículo de aquella famosa serie que tanta circulación dió al periódico. La tal serie llevó este encabezamiento: *De jornalero á ministro*; y no hay para qué decir que se trataba de Don Mateo Cabezudo, aunque no mentara su nombre.

Con crueldad preconcebida y refinada, me propuse referir punto por punto la elevación del Mateo que servía á mi padre cuando yo era niño, con la mayor lentitud, poco á poco, para que la herida fuera más dolorosa. Y así, el primer capítulo no era más que la pintura del jornalero, con toda su humildad, su paciente obediencia de asno educado, sus bajas tareas, sus torpezas, preocupaciones y miserables costumbres. Pero Don Mateo quedaba perfectamente designado, sin temor de que nadie pudiese confundirle con otro; y los periódicos como *La vía del Progreso* y *Los Cuatro Vientos*, aplaudieron con frenesí,

elogiaron la galanura del estilo, la oportunidad de las frases, la chispa á veces, y á veces el vigor del lenguaje y la elevación del tono; sin perjuicio de que á la postre, dejaban caer sobre el acosado General una lluvia de motes, chistes y aun dicitos de lo más grosero y punzante.

Ahora veo que aquellos dos semanarios, y como ellos *El Sinapismo*, *La Tea* y otros, eran de lo más procaz que puede salir de las prensas. Pero para darles crédito cuando me elogiaban tenía yo una razón: que también los diarios que se llamaban serios y representantes de la opinión pública hacían elogios de mis artículos, ya por el prurito de alabar y encarecer lo que oía á oposición al Gobierno; ya porque con seriedad, representación y todo, estaban escritos en peor castellano que *El Censor*.

A este coro de alabanzas se unía la voz de Claveque, llena de exagerado entusiasmo, y la de Sabás, llena de simple admiración. Y yo, envanecido con el buen éxito del primer artículo, y desvanecido con el superior del segundo, me consideré en el quinto cielo de

la fama, á altura en que no podrían alcanzarme nunca ni la envidia con sus envenenadas flechas, ni el rencor con sus poderosas alas.

Antes de publicado el capítulo tercero de mi historia, recibí la visita de Bueso, de aquel tratante en famas, honras, títulos, grados militares y párrafos de gaceta. Ni oí sus ruegos ni acepté proposiciones de paz; aunque me dijo que Don Mateo tenía determinado ir á buscarme para hacerme callar. Cuando, convencido de su impotencia para reducirme, se retiró, Claveque me dijo.

—Es imposible que Cabezudo provoque á Ud., porque lo tenemos acosado entre seis periódicos, y necesitaría provocarlos á todos.

Y entonces me confesó que escribía en *La Tea* algunos parralillos contra el General.

Cabezudo, en efecto, estaba acosado, como tigre por jauría, y cansado de luchar, se conformaba ya con enseñar los dientes. Un redactor de *El Sinapismo* había sido reducido á prisión por demanda suya ¿pero había de encerrarlos á todos? Al que quedó sustitui-

yendo al preso, le descalabró una noche en un portal; lo mismo hizo con el gacetillero de *Los Cuatro Vientos* ¿Pero había de descalabrar á cincuenta más?

Y mientras tanto (Sabás me lo había repetido á solas), su agente, su auxiliar, el gran Bueso, que le comía un lado, atizaba el fuego para hallar ocasión de comerle el otro, si es que aun le tenía sano.

Escorroza, jefe de la redacción de *El Cuarto Poder*, había tomado á su cargo la defensa de Cabezudo, previo permiso de Albar y Gómez, tarea que le acarreaaba diariamente dos docenas de parrafillos de los adversarios, que le ponían como trapo de fregar. Bueso hablaba con él todas las mañanas para acordar la defensa del siguiente día; y después iba á otras dos redacciones para hacer lo mismo; porque tenía Don Mateo tres periódicos amigos, que al decir de Claveque, le chupaban la sangre.

Estos eran los que afirmaban que la dimisión del Ministro de Guerra era segura, más tarde ó más temprano; tan segura y evidente como que le sustituiría en el elevado

empleo un general ilustre, diputado distinguido y opulento propietario, cuyo nombre querían y debían callar por entonces. Noticia que me habría tenido sin cuidado, supuestas las relaciones de Bueso con los tales periódicos, si no fuera porque Claveque me decía que en verdad se aseguraba el encumbramiento de Don Mateo, por Don X, y Don H. y otros Dones muy encopetados, con quienes mi compañero llevaba grande amistad, y aun solía comer de vez en cuando, si le hacían mucha fuerza.

Esta idea, á la que se asociaban siempre el recuerdo de Felicia y la imagen de Remedios, me sacaba de quicio; y entonces era cuando mi pluma, mojada en bilis, corría con facilidad pasmosa sobre el papel, continuando la historia del jornalero.

Un día, sin comprender yo porqué, Claveque me aconsejó que diera al General una tregua; pero no pudo convencerme, por más que me alegó que el público se cansaba y que sería de muy buen efecto dejarle un descanso de quince ó veinte dias. Algunos después, insistió en lo mismo, con viví-

simo interés. Discutió, porfió, y al fin me dijo que Remedios le había recordado su promesa, cosa que le había avergonzado mucho; me habló de ella con caluroso elogio, me rogó en su nombre..... ¡Ah! ¡con cuánta hiel escribí entonces el capítulo octavo, pintando la traición de Cabezudo al Gobernador Vaquerill!

Mientras tanto, corriendo aquellos días, había yo recibido varios recados de Felicia que me llamaba, reprochándome el poco interés con que la veía. También la viuda de Llamas me llamó con insistencia, y al fin tuve que ceder.

Todo estaba listo para el matrimonio, y se trataba de consultarme para determinar el día de su celebración.

¿Y qué me importaba á mí? ¿No había yo dicho que no quería saber nada? ¿No había facultado á Doña Luisa para que se encargase de todo lo relativo á ese asunto?

Felicia me oyó, conteniéndose para no llorar. No pudo entonces hablar, como otras veces, verbosa y alegremente. Estaba seria, y no disimulaba la pena de que estaba po-

seida. Puesto que yo la abandonaba de ese modo, nada quería ya exigirme, pero por lo menos, deseaba que supiera yo cada uno de sus pasos. Se casaría á los quince días.

—Cásate cuando quieras, contesté con la voz ahogada por el despecho.

Y como vi que Felicia inclinó la cabeza; adivinando que lloraba, me acerqué á ella, con un postrer rayo de esperanza en el corazón.

—¿Pero has pensado bien esto? le pregunté. ¿De veras quieres á ese hombre?

Tuvo un instante de vacilación, pero brevísimo, y bajando más la cabeza,

—Sí lo quiero, contestó con voz muy suave.

—¡Dime la verdad, la verdad! exclamé yo con precipitación, notando más la vacilación de la joven.

Debió de comprender ella lo que pasaba en mi alma; porque alzó la cabeza con resuelto ademán, aunque brillaban las lágrimas en sus ojos, y respondió con firmeza:

—La verdad es que lo quiero. Por eso me caso con él.

En la calle tropecé con Claveque y dos redactores de *El Sinapismo*, á quienes conocía yo bastante. Notaron que algo grave me ocurría, porque mi semblante lo estaba demostrando con claridad.

Pregunté á Claveque si había corregido él el número que debía salir al día siguiente, en el cual se publicaba mi capítulo octavo. Me contestó que sí; pero tartamudeó un poco, y en seguida nos invitó á todos á comer.

La invitación me produjo una alegría extraña. Yo sentía una necesidad sin atinar cual era; y me parecía que Claveque había acertado. Sí, sí; una reunión de amigos, una comida en algún lugar poco concurrido; algo de alegría, de expansión, de vino y de embriaguez..... ¡Eso era lo que yo deseaba, sin comprenderlo!

Aceptada la invitación, Claveque nos guió; pero antes envió una tarjeta á un nuevo redactor de *La Vía del Progreso*, excelente amigo que nos acompañaría en la comida, porque nunca rehusaba un convite. Tenía especial interés en presentármelo; se llamaba Pedro Redondo.

—¡Redondol exclamé yo con súbita animación. ¡Le conozco perfectamente! Que venga, sí, que venga! ¡Le quiero mucho!

Y sentí la satisfacción de quien tiene cuanto necesita.

XIII

Entre amigos.

En apartado gabinete de elegante café, sentámonos los cinco periodistas: los cuatro decidores, charlando con la alegría ruidosa de la cotorra que ve desde lejos el alimento que se le prepara; yo, sin sentirme alegre, aunque más lo pretendiera, procurando competir con ellos en buen humor, en garrulería y aún en el uso de ciertas palabras abundantísimas en su conversación, y que yo no sabía casi emplear,

Al estrepitoso golpear de las mesas y chocar de vasos vacíos, acudían corriendo los mozos para recibir de éste una orden relativa á un antojo especial de aquel, la recomen-

dación de servir determinado licor. Cada cual mandaba con imperio, como gente hecha á numerosa é inteligente servidumbre; todos gritaban para pedir cualquier cosa, y los gritos se confundían con las carcajadas que, á modo de aplauso adulador, sonaban al fin de cada cuento, chiste ó donaire del espléndido anfitrión.

La primera copa me abrasó la garganta, y el gesto que me obligó á hacer dió mucho que reír á los demás. Subíome luego á la cabeza cierto calor agradable, que me comunicó singular brío, desató un tanto mi lengua y fortaleció mi espíritu contra las reveltas ideas que le embargaban y vencían á mi pesar.

Los compañeros lo notaron, más fuertes que yo, como más avezados, contra influjo del licor; y como la sopa se hiciera esperar demasiado, propúsose la repetición de las copas, con aplauso de todos, y mío principalmente, que ya esperaba con inquietud una segunda oleada de aquel calor que me invadía el cerebro.

Verbosa y franca alegría se apoderó de

mí. Exaltación de afectos; ficticia sensibilidad, que me hacía ver con cariño todo lo presente; audacia para despreciar, como insignificantes, todas las dificultades de mi vida, y como fácil de dominar el destino adverso que me azotaba; afán atrevido de buscar lo peligroso para desafiario y vencerlo; todo esto había en mí en aquellos momentos en que me emancipaba del yugo de la razón y daba vuelo á mis ambiciones sin freno y á mi despecho encubierto bajo formas extrañas y desconocidas.

Los vinos se cambiaban con los platos; las copas chocaban á menudo, tomando cada cual el pretexto que le venía en antojo para proponer un brindis; y no fueron tan firmes las cabezas de los otros, que antes de llegar al café no estuviesen nublados los entendimientos y las lenguas pesadas, tanto como ansiosas de hablar en votos y en confidencias.

Ya Sánchez y Muñoz eran amigos íntimos para mí, á quienes me sentía capaz de entregar, si tiempo hubiera, todo lo que guardaba yo escondido en mi alma con cuidadosa

é incorruptible discreción; y á su vez los dos redactores de *El Sinapismo*, me llamaban hermano y parecían estar contentos de estrechar conmigo tan afectuosos lazos. Claveque recibía la adulación de los otros con mal encubierta vanidad, y á su vez me encomiaba, poniéndome por modelo de escritores, de caballeros, de amigos; y si alguien decía de mí un elogio, aplaudía frenéticamente, llamaba al mozo, y pedía más vino para celebrar mis glorias.

—Señores, por el espléndido anfitrión, dijo Sánchez.

—Sí, exclamó Redondo; por el poderoso Claveque, que nos asombra cada semana con su prosperidad.

Redondo tenía, como los otros, la copa en la mano, y miraba maliciosamente á Claveque, con los labios entreabiertos para continuar.

—¡Qué prosperidad! dijo el aludido con un gesto de alarma. Lo que sucede es que no cuido ni encierro lo poco que cae...

—¿Lo poco? preguntó irónicamente Muñoz.

—¡Miren al niño!

—Ayer.....

—¡Nada de ayer! gritó Claveque impacientándose, y dirigiéndome una mirada de desconfianza.

—¡Si yo vi á Ud. con Buesol y ví cuando.....

—¡Bastal gritó Claveque interrumpiendo á Sánchez.

Yo no entendí nada de esto, porque mi cabeza no estaba ya capaz de descifrar enigmas, por claros que fuesen. Claveque se había puesto serio, casi irritado, y probablemente hizo señas á los que le acorralaban, porque éstos callaron, aunque después de haber dicho:

—¿Pero que tiene eso de particular?

Claveque, á quien sin duda importaba mucho cambiar asunto de conversación, bebió á mi salud, dedicándome el centésimo elogio. Yo fui entonces el blanco de todos. Salieron de nuevo á relucir mi talento y mi nombre de escritor; mi valor para atreverme con cualquier asunto, por espinoso que fuera; mi entereza para sostener siempre los

mismos principios, y mi energía para combatir contra todo y contra todos.

En medio de este incienso, cegado y aturcido, vaciaba yo sin resistirme las copas que se me ofrecían, y si algo pudo quedar en mi memoria de las anteriores palabras de mis compañeros, borróse por entonces, y sólo después revivió el recuerdo, cuando llegué á explicarme la significación del enigma.

Redondo habló de mí como de amigo viejo é íntimo, y dando la explicación consiguiente, contó que habíamos vivido juntos, que habíamos paseado algunas veces y asistido á bailes y enamorado mujeres; y al fin refirió como yo había requebrado á Jacinta, que ella se había vuelto loca, y que yo, cuando me atrevía ya, y aceptando los consejos de él, llegaba ya al fin deseado, por cualquier cosa, por una majadería de ella tal vez, habíala yo abandonado y me había marchado de la casa por miedo al papá.

La historia hizo reír, y á mí me causó satisfacción al principio y vergüenza al fin.

—¡Con que Jacinta! dijo Sánchez.

—¿Quién es ella? preguntó Muñoz.

—La Barbadillo, hombre; la del Puente de Monzón.

—¡Ahl! ¡Y vaya que está buena la trompudal!

—¡Ya lo creo!

—¡Y correr á lo mejor!

—Pero, hijo, ¿en qué estaba Ud. pensando?

Me excusé como pude; pero muriéndome de vergüenza ante aquellos hombres que censuraban mi cobardía, y de los cuales cada uno se creía capaz de llevar á cabo la conquista, con la mitad de la ocasión y un cuarto demis ventajas adquiridas.

—Tienen Udes., razón; dije al cabo, en un arranque de franqueza. He sido un tonto completo. Yo he tomado la vida de cierto modo que ustedes no puede comprender, como apenas puedo comprenderla yo. Mis ideas, mis inclinaciones de muchacho de pueblo, han durado en mí hasta hace pocos días, muy pocos; pero protesto no volver á ellas jamás; ser como son los otros, como son Udes.; quitarme de escrúpulos y tontorías que amargan la vida y privan de pla-

ceres, y que ahora hasta me avergüenzan.

Dije más, mucho más, alentado por las señales de aprobación de mi auditorio; el cual coronó mi conversión con el más nutrido aplauso.

El café se mezclaba con el ardiente cognac, y la atmósfera cargada de humo de tabaco, se encendía en el gabinete, haciéndose irrespirable. Todos hablábamos á un tiempo, y en el barullo sobresalía de vez en cuando una carcajada, una protesta, ó el grito desapacible que llamaba al mozo para refrendar el café.

Mientras Claveque y los dos redactores del *Sinapismo* emprendieron una disputa sobre algo que no oí, Redondo acercó al mio su asiento, y hablamos larga é íntimamente de Jacinta. No parecía sino que Redondo, cuando no podía hacer, gustaba de que otros hiciesen algo malo.

Con gusto, y sintiéndome deseoso á cada momento más, de buscar á Jacinta, oí la relación que Redondo me hizo de lo ocurrido después de mi separación. Creyeron él y Joaquín que nada había más fácil que la

conquista de la Barbadillo, y emprendiéndola el otro con el atrevimiento y descaro que le eran propios, la asediaba en los corredores, en la sala, en su alcoba misma. Durante algún tiempo, que duró en ella quizá la esperanza de mi regreso, Jacinta rechazó dura y ásperamente á Joaquín; pero pasado aquel, comenzó á ablandarse y ponerse jovial, pasó luego á ser afectuosa, y al fin correspondió al fingido amor del cínico joven, con la vehemencia de su carácter y con la obligada condición de hablar á Barbadillo y casarse pronto.

No era eso una dificultad para Joaquín, y avanzaba rápidamente en la conquista. cuando sucedió que Redondo, redactor ya de la *La Via del Progreso*, llevó á la sala de Barbadillo un número del periódico, en el cual se me elogiaba en un párrafo de la *crónica local*. Leía en voz alta doña Serafina Gomera, y hubo de decir mi nombre, y Redondo, notando que Jacinta había hecho un movimiento al oírle, quiso burlar con ella, é interrumpiendo á la lectora, contó que

me iba á casar por aquellos dias con una muchacha cuyo nombre ignoraba.

Pintóme Redondo con vivos colores la exaltación de Jacinta, al oír tal nueva. Dijo que la tal sería un espantajo, ó alguna *de esas*; que no podía ser cierto; que sí lo sería, pero que yo era un mal caballero y que no la haría feliz ni una semana; que mentía quien lo dijera; que todo era posible en un pillo. Y después de hablar media hora, diciendo y contradiciendo, agitada y con el semblante desfigurado por la cólera, al llegar Joaquín á la sala, levantóse ella, y apartando groseramente al amante que quiso detenerla, le dijo, encaminándose á su cuarto:

—¡Quítese Ud., asqueroso!

—Al dia siguiente, concluyó Redondo, Joaquín la buscó; pero ella huía, demostrando en el semblante un humor de los diablos, que conserva hasta hoy. Joaquín la persiguió hasta penetrar en su cuarto; y entonces ella, rabiosa, le echó fuera diciéndole: «¡Es Ud. muy antipático y muy su-

ciol Ya quisiera Ud. ser un pedazo de Juan, animal!

Después de esto ¿qué cabía? Buscarla, abrir los brazos y dejarse querer. Esto decía Redondo.

La embriaguez se había apoderado de mi cerebro y enervaba mis fuerzas. Apoyé los codos en la mesa y sobre las manos la frente; el mundo volteaba, mareándome con su constante giro, y Jacinta pasaba y pasaba á intervalos medidos, por delante de mí, con el ceño fruncido, los ojos chispeantes, los labios secos, temblorosos y contraídos, y las narices abiertas como de bestia sofocada,

XIV

En la escalera.

El viento de la tarde bañó mi ardiente cabeza, cuando salimos del café; y con los piés vacilantes y los miembros flojos y pesados, caminé, sin saber hacia adonde, apoyado en el brazo de Redondo, que seguía asuzando mi deseo para lanzarme sobre la presa. Tal ahinco era ya por demás; pues el consejo cuadraba perfectamente con mis extraviados propósitos y con el estado de mi corazón.

Hubiera yo querido ir en aquel mismo instante al Puente de Monzón; pero Pedro me lo impidió, obligándome á esperar la noche. A las nueve Barbadillo se entretenía